

SURCA, SIEMBRA Y RENACE**SURCA, SEED AND REBORN***MARÍA ALEJANDRA CÓRDOBA ACOSTA†****Resumen**

El presente relato, narra la historia de Ana, una joven campesina, víctima de la pobreza, que se ve obligada a abandonar sus estudios para dedicarse a ayudar a su familia, de manera que diariamente viaja a la ciudad donde trabaja haciendo oficios domésticos en una casa de familia; sin embargo, en su hogar además de ser forzada a realizar los mismos oficios, es constantemente violentada física, verbal, psicológica y emocionalmente por su hermano, su padre, e incluso su madre. Ante lo cual Ana decide reivindicarse y reivindicar su posición como mujer independiente, autónoma, libre y capaz, a través del uso de la palabra y la acción pedagógica.

Palabras clave: Ana, campo, violencia

Abstract

This story tells the story of Ana, a young peasant, victim of poverty, who is forced to give up her studies to dedicate herself to helping her family, so that she daily travels to the city where she works doing domestic trades in a house of family; however, at home, in addition to being forced to perform the same trades, she is constantly physically, verbally, psychologically and emotionally violent by her brother, father, and even mother. Before which Ana decides to claim her position and claim her position as an independent woman, autonomous, free and capable, through the use of the word and pedagogical action.

Keywords: Ana, countryside, violence

I

Yo la escuchaba decir tantas cosas en cuanto a su padre, en cuanto a su madre, en cuanto a ella como mujer.

Yo era una mujer; corrijo, lo soy. Vengo de las afueras de la ciudad y diariamente recorro unos cinco kilómetros aproximadamente para poder llegar a este lugar, a esta casa, muy parecida a todas las que por este barrio se ven, altas, de concreto, con cocinas amplias y de suelo de cerámica; no como en el rancho, en que aún la tierra se aferra a cada rincón de la casa, aunque pase por ahí su enemiga, la escoba.

Llegué a este lugar sin ninguna pretensión de alojamiento; de hecho, ni siquiera se me había pasado por la cabeza que tendría que sumarle a mi existencia una actividad diferente, que no fuese hacer surcos, ordeñar a Chelita —mi mejor consejera, que escucha sin renegar, sin juzgar; solo escucha, pese a los jalones que, a veces, recibe en sus ubres cuando mi día va mal—, cosechar, madrugar a la plaza de mercado... En fin, ese tipo de labores que acostumbramos a

* Texto de producción literaria: relato. **Fecha de recepción:** 2-Jun-2019. **Fecha de aceptación:** 25- Oct- 2019

† Egresada de Sociología de la Universidad de Nariño. Contacto: alejacordoba6@gmail.com

hacer los que habitamos los campos, pero, ahora, estoy aquí, en una casa inmensa, donde el polvo y cualquier bacteria se eliminan sin ninguna objeción. Me alejé de las montañas y de los vívidos amaneceres, porque los pesos que nos da la agricultura ya no alcanzan para las tres bocas que exigen, los tres estómagos que procesan, las tres vidas que reclaman combustible para laborar el día a día.

La casa es gigante y, a decir verdad, esto me asusta un poco; pese a que los dueños de casa son muy cercanos y conocidos de mi familia, la señora es muy exigente con la pulcritud, tanto que le encanta cuando llegan esos días en los que las hendidias de las baldosas deben ser lavadas una por una y con cepillo en mano; hasta he llegado a pensar que su corazón se regocija cuando sabe que las hendidias recibirán tratamiento individual y único. Si la vieran, sus ojos se iluminan cuando tomo el balde rojo, refundo el cepillo en el agua espumada y, ya con el jabón en las cerdas del cepillo, imprimo la fuerza necesaria para estregar el piso, pueda que le produzca tal placer que posiblemente se excita con solo verme. ¡Qué gente la de acá! (rara), seguramente ver tantos bloques grises al día los deja mal de la cabeza.

Por lo poco que les he contado, ya se habrán dado cuenta que marché de mi tierra para atender labores de hogar. En estos tiempos, es habitual enterarse que los que mencionamos ser campesinos nos largamos a la ciudad en busca del peso que resulta incierto, pese al esfuerzo y trabajo que le invertimos por meses a cada uno de nuestros cultivos; nos marchamos con el corazón hecho trizas, nos marchamos porque dicen que acá en los bloques grises es que existe un futuro: ¿qué tipo de futuro? —me pregunto constantemente.

Toda mi vida refunfuñé por las tareas de casa; sin embargo, para mi mamá, esa era mi gran labor: que barrer, que lavar, que tender, que servir; eso era todo lo que mi mamá me decía que debía hacer; nunca preguntó si ya había hecho las tareas que me dejaba la profe Rita en su clase de matemáticas; o si había leído los textos que nos mandaba el profe Saúl; no, eso estaba en segundo plano. A veces, hasta pienso que solo me mandaba al colegio para cumplir con las exigencias sociales; básicamente, ese repetido y absurdo: “¿qué dirán?”.

A diferencia de las labores que se sumaron a mi rol de estudiante, a mi hermano, que era mayor que yo, no se le exigía que lavara los platos, que ayudara con el aseo de casa; de hecho, ni siquiera que lavara su propia ropa; todas esas tareas formaban parte de mi responsabilidad; la suya quizás era divertirse, mientras yo limpiaba sus pantalones manchados de la hierba fresca y la tierra atrevida. Todo el tiempo fue así, hasta el punto de exigirme atender todos sus reclamos y deseos. Ante ello, siempre pensé que la vida había sido injusta y que, si se me hubiese dado a elegir, habría preferido que mis senos desaparecieran, que mi sexo uniera su pequeña abertura y se alargara hasta conseguir un miembro ágil y estirado.

—Pero, ¡por Dios!, ¿qué estoy diciendo?

II

Todos los días, después de clase, Julia y yo vamos saltando de charco en charco, mojándonos las medias y estropeando la pulcritud de los uniformes; rara vez, cuando Julia esta de mal genio o cuando se nos pasa el tiempo con los juegos y salimos tarde de la escuela, nuestra

-----*mopamopa*-----

boca se enmudece y los pasos se alargan para llegar rápido a casa; hoy, por ejemplo, tuvimos que salir volando del colegio, nuestro ritmo de paso incrementaba por cada minuto que avanzaba el minuterero del reloj. Siempre es mejor correr que aguantar el regaño de nuestras madres, aunque tanto Julia como yo hemos coincidido al pensar que mi madre se enoja de manera constante.

—¡Ana!, ¿cuántas veces te he dicho que aquí se llega a las doce en punto?, los platos no tienen patas ni las cucharas vuelan para ser servidas; tu taita segurítico debe estar muerto del hambre y mientras vos te la pasas muerta de la risa con esas manilavadas, yo aquí moliéndome la rabadilla; afana, guambra, quítate esa falda y anda a dejar la merienda, ¡pero afánate!

Antes de que mamá terminara con su discurso, he dejado la jardinera a un lado y, a su cambio, uso esos pantalones rojos que, de tanto restregarlos, ahora han transitado a un rosa pálido; siempre me los pongo para hacer los mandados de la casa; de hecho, creo que los uso cada vez que me toca hacer esa serie de actividades que, a mi parecer, carecen de diversión.

Si la misión es transportar las viandas, los pasos deben ser pensados y aplicados como una coreografía que no admite ensayos mal logrados, así que bajar con cautela la montaña, no tropezar con los montículos de tierra y, a la vez, ir aprisa, son destrezas que se deben ejercitar si no quieres que la merienda se arruine por los sacudones del camino o que, en el peor de los casos, se desparrame sobre la hierba verde y húmeda. Tras los sobresaltos que logre superar con ayuda de mis reflejos, el comensal voraz saborea, con sus ojos, el arroz pálido que, por el trajín del viaje, ahora se tiñe de naranja, al igual que las papas al vapor, que están recubiertas con el guiso exquisito de mamá Margarita.

Papá ha terminado de merendar y, como manjar, se toma un trago de café para retomar el trabajo de la pala. Me le quedo mirando, como queriendo contemplar el ritual: la expresión de cambio que sufre la tierra a medida que el músculo del papá Ángel se estira y contrae continuamente. La tierra concede el permiso a la herramienta fría de metal que, sin mayor sutileza, la embiste para sacar de sus entrañas el anhelado tubérculo que ahora ya no le pertenece, no porque le sea ajeno, sino porque ha sido hurtado.

—M' hija, vaya y dígame a su mamá que me baje una saca, que yo creo que nos va salir otro bultico de papa... Guambra, movete, mirá que el cielo está cargadito de nubes y capaz que se nos desgrana altualito la lluvia. ¡Ana!, ¿qué, fue que no me escuchó?

—¡Ay, papá Ángel, perdón!, ¿qué fue que me dijo que le traiga?

—¡Uuuh..., Anita!, yo creo que más bien deberías irte a comer; el hambre te hace perder la atención, —me lo decía, mientras se dibujaba una mueca en su cara y el movimiento de su cuello me indicaba que desaprobaba mi poca atención—, ¡aah!, y no te olvides de traerme la saca.

—Sí, señor. —Papá tenía razón, mi estómago bramaba; a manera de protesta, hacía llamados seguidos con el crujir de los intestinos, así que prontamente el quejido se escuchó y la mixtura entre papas y arroz activó inmediatamente las papilas gustativas de la lengua. Terminé de consumir los alimentos y, al instante, me dirigí a la cocina para lavar mi plato y el de mi hermano; concluí labor y, a su fin, mi madre me recomendó una nueva tarea

—Deja todo listo para el café; ya sabes, nada de huevos para las arepas, las endura y, después, eso si acaso se lo come el Tobi, —el perro que cuidaba la casa—, así que empieza de una buena vez antes de que nos coja la noche. Ya vengo, voy donde doña Maruja a rogarle que me arregle estos trapitos.

—¡Qué!, —pensé, mientras mamá me ordenaba nuevas labores.

Nunca he sido buena para cocinar; jamás he hecho arepas sin la supervisión de mi mamá y ¿ahora pretende que haga arepas sin que me queden duras? A ver, vamos, Ana, recuerda y aplica, no hay escapatoria. Hmmm... sí, un poco de harina, agua tibia con mantequilla, azúcar, sal y... ¡ah!, no, “Huevo no, porque las hace duras”; bueno, tal vez le falta un poco más de harina, un poco más de harina y amasar. ¡Perfecto!, ahora, sí, a amasar hasta que se ablanden.

Papá Angel tendrá que ser paciente o, bueno, más bien su estómago hambriento, que se tomó la merienda de un solo bocado; ojalá esta le sea suficiente para recoger la última saquita de papa....

—¡Ay, la saca!; de seguro, debe estar furioso, ¡Ana!, me pregunto, ¿dónde tienes la cabeza? Pero, tampoco puedo hacer las dos cosas: es la saca o la cantaleta de doña Margarita.

—Fabián, ya la oíste a mi mamá, tengo que terminar esto, —señalé la masa de las arepas—, y mi papá necesita que le lleven la saca para el último bulto de la cosecha; corre, llévasela, antes de que suba.

—Pero, si son tus deberes; yo no tengo por qué responsabilizarme de que no seas lo suficientemente útil para hacer los mandados de la casa; yo estoy ocupado, tengo que hacer las tareas de la escuela.

—¡Fabián!, —le grito con desespero, yo también tengo que hacer las tareas y, sin embargo, estoy cocinando; no seas desconsiderado, ¡anda!, o ¿quieres venir, fritar, servir y llevar el café?, ¡anda!

—Bueno, pero tampoco es para que me iguales a tus labores como mujercita; termino esta división y voy.

III

Los señores son muy comprensivos; si tengo que tomarme parte del día para atender asuntos familiares, me la conceden sin ningún reparo o juzgamiento, y es que, ahora, casi todos los lunes tengo que ir hacer diligencias al hospital; mi papá está cada vez más enfermo y, bueno, aprovechando que estoy en la ciudad, puedo agilizar esos papeleos para que atiendan pronto a mi viejo.

La señorita es un poco seria, aunque siempre me entretiene con esos temas que comenta cada vez que nos sentamos juntas en el almuerzo; constantemente hace denuncias respecto al machismo, dice que está presente en el diario de nuestros días. A don Carlos le critica hasta la risa; siempre le menciona que él, por ser hombre, tiene ciertos privilegios, que se nos han denegado a las mujeres; de hecho, hasta varias veces le llama la atención a su mamá, porque

dice que ella reproduce esas formas de vivir. Por mi parte, estoy de acuerdo con muchos de sus discursos; a mí, me hubiera gustado que mi mamá le hubiese enseñado a Fabián que las labores de casa las deben hacer todos los que en ella habiten; que yo, al igual que mi hermano, también tengo el derecho de dedicarle tiempo a mis tareas; o que mi papá alguna vez se hubiera quedado en casa ayudando con los oficios, mientras mi madre y yo íbamos a trabajar la tierra.

Tanta información hace que mi cerebro esté reflexionando constantemente sobre mis actos, sobre mi posición de mujer y campesina a la vez. La señorita tuvo la oportunidad de ir a la Universidad, quizá por eso recrea espacios para que la escuchen y rompe toda palabra o acto que considera como ofensa, sobre todo esas que ella dice que son “antepuestas por no cumplir con las características privilegiadas de los varones”. Ella y yo somos mujeres, pero somos muy diferentes: lo que para ella resultaría injusto y castigador, para mí ha significado la oportunidad de construir y exigir mi libertad.

IV

Las labores de casa cada vez se ponen más pesadas; mamá se ha marchado a la ciudad para amortiguar las necesidades que exigen los días, así que no hay de otra, alguien tiene que responsabilizarse de la comida de los trabajadores, para que cumplan con las actividades del cultivo sembrado, estar pendiente del aseo de las camas y lavar la ropa que se ensucia día a día; me disgusta la decisión, pero la vacante que queda para el cuidado de casa es para mí.

Aunque no me guste mucho la idea de abandonar el colegio, he aprendido a dejar de renegar y hacer las tareas que demanda la casa; bueno, todas, a excepción de la mala crianza de mi hermano; no entiendo cómo es posible que un joven de su edad no pueda poner sobre el lavadero sus prendas sucias, para que se laven; me resulta completamente molesto ver sobre mi cama sus pantalones arrugados, sus camisas manchadas por el sudor y todo tipo de prendas que le pertenecen, como si sus manos fuesen incapaces de tocar el agua y jabón para hacer una labor tan básica. Últimamente me he cuestionado si dejar la escuela fue una decisión propia o más bien una obligación aceptada.

—Ana, es tu única labor en esta casa y ni siquiera la haces; vengo cansado de caminar y a mí el hambre me está matando.

—Pues, tienes que esperarte; mi papá y los trabajadores son primero, así que te esperas, porque solo tengo dos manos.

—¡Cuidado cómo me hablas! Soy tu hermano mayor, completa inútil.

Estoy cansada de su maldito tono de mando, ¡no me lo aguanto más!; cada vez que se pone así, prefiero tirarle el plato y huir de su presencia, me estorba tan solo verlo a la cara. Fabián me saca de quicio, cree que es muy fácil mantener el orden de la casa, tener los alimentos listos y, aparte de eso, tener que ir a dejarlos sin que resulten en el suelo por la prisa. En realidad, creo que nadie se da cuenta del esfuerzo que hago, de la dedicación que le imprimo a cada comida laborada para que sus estómagos queden satisfechos, y no es que quiera su compasión: solo desearía un poco de ayuda para alivianar las tareas del hogar.

Tras algunos reclamos que hice de manera pública ante la familia, logré que Fabián ordeñara unas cuantas vascas antes de irse a estudiar; él ordeñaba y a mí me correspondía sujetar el balde para que la leche cayera dentro del recipiente; luego, yo vaciaba los cubetazos en las cantinas, para que las entregaran al carro lechero y así recibir el diario. Sin embargo, en alguna ocasión, ni recogieron la leche ni las cantinas se entregaron.

Nos dirigimos hacia la vaca mayor, esa, “La Lecherita”, la que nos da el diario para completar el almuerzo del día. Con las manos heladas, Fabián se acercó a las ubres de la vaca y las presionó con tanto afán y poco tacto que la bestia, al inicio del ritual, trató de jalar una patada; por suerte, mamá nos enseñó a sujetar de manera firme, sin lastimar al animal.

Estaba lista para recibir la leche de “La Lecherita”, en ese balde verde desgastado, pero mucho más limpio que las manos de Fabián; alcancé a recibir tres chorros, el resto se aprisionó en las ubres del animal; sin darme, cuenta rompí el balde y la poca leche terminó por deslizarse como agua fertilizante sobre las hilachas de la verde hierba. *Ipsa facto*, las mejillas de Fabián se enrojecieron más de lo habitual; sin esperar a que retomaran el color natural, se abalanzó sobre mí y me bofeteó tres veces, por la torpeza cometida.

—¡Eres una completa inútil!, ¡ni siquiera para sostener un mísero balde sirves! Ahora, miras cómo te las arreglas, porque, por tu culpa, descompletaste el diario de nuestra comida.

—¡Basta, Fabián!, fue un accidente, —dije entre sollozos.

—Un accidente que solo cometes vos, —y Fabián, pronto, cambió las cachetadas por puños.

—Me duele, Fabián; ya, no más, —e intenté cubrirme con el pedazo de plástico que me quedó en las manos y lancé pataditas al aire, pero resultó inútil.

Me dio una última patada y se fue, dejándome adolorida y tirada en el suelo.

V

A pesar de que la preparación de la señora estuvo deliciosa, hoy, en el almuerzo, reinó el silencio; tanto ellas como él tenían las caras largas. Yo, por mi parte, me saboreé cada cucharada.

No me dieron tiempo ni de recoger los platos; cuando me disponía a lavarlos, ya todos se habían levantado de la mesa. Terminé de arreglar la cocina, sequé mis manos y subí las escaleras, para terminar las tareas que me quedaron pendientes en la mañana. Tomé el trapeador, lo escurrí y trapeé el *hall* que comunicaba los cuartos de la casa. El último cuarto que atendí fue el de la señorita; de un solo golpe, abrí la puerta y, cuando estaba a punto de sentar los flecos del trapeador sobre el suelo, se oyó un alarido, que me hizo interrumpir la acción.

—¡Anita!

—Perdón, señorita Andrea, —e inmediatamente me tapé los ojos y dejé caer el palo del trapeador.

-----*mopamopa*-----

La figura que reposaba en la cama, al desnudo de su naturaleza, prontamente se recogió, como lo haría un resorte que acaba de ser estirado. La mujer retiró la mano del pubis, alzó los pantalones del piso y, para salir de apuros, se puso la pollera que estaba más cerca a sus manos.

—Ya, Anita, puedes seguir.

—Perdón, señorita, no pensé que..., —y se me trabó la lengua y las mejillas se me tornaron más rojas de lo normal; estaba avergonzada por no haber golpeado la puerta, por haber entrado sin avisar, por ser tan inoportuna y, seguramente, molesta.

—No, Anita, no te preocupes; como pudiste darte cuenta, soy muy similar a ti; espero no haberte asustado, —dijo, para ser simpática y, al final de la frase, soltó una leve risita.

—Por supuesto, —le contesté, con una sonrisa, para empatizar.

No sé qué tan cómoda estaba ella con mi presencia, tras el suceso bochornoso; lo cierto es que no paraba de hablar, era como si el silencio le fastidiara. Me habló de absolutamente todo, hasta de su último amor:

—Anita, él nunca comprendió que el amor no ata, que el amor no obliga; el amor construye, para hacernos, así, un poquito más libres. —Después de esa tarde, tanto ella como yo sentimos la simpatía y comprensión que nos guardábamos, a pesar de que nuestras situaciones y contextos fueran tan lejanos.

VI

Las agresiones de Fabián, poco a poco, se fueron intensificando; de seguro, él creía que esa era la manera para lograr “domesticarme”; si mis padres no lo habían hecho, pues, entonces, era su labor hacerlo. Pronto dejé de quejarme; mis padres estaban demasiado ocupados como para atender mis llantos, así que me acostumbré a callar y a desfogar mis lamentos en las noches que la luna y las estrellas salían a escucharme.

Trataba de hacer las cosas lo mejor posible; de esa manera evitaba las quejas y regaños de mamá Margarita en cuanto a la cocina y los golpes que Fabián a veces me propinaba.

Un buen día, recuerdo que Fabián y mamá Margarita tuvieron que salir a la ciudad; por ello, dejaron a nuestro cargo (mi papá Ángel y yo) la casa y a los peones. Como de costumbre, a papá Ángel se le asignó el labrar la tierra junto a sus conocidos vecinos, y a mí la responsabilidad de la cocina.

—Pa’, deje el azadón y sírvase un cafecito.

—Gracias, Anita; en un momento le recibo. —Papá Ángel empezó a refunfuñar; el tiempo corría y los bultos de papa, que se habían proyectado para el día, al parecer, no iban a ser recogidos a causa de falta de manos, puesto que Arnulfo, uno de los peones, estaba enfermo y a mi papá no le fue posible conseguir remplazo.

Tras el mal gusto, papá Ángel tomó la taza, el pedazo de pan y se sentó en un morro de hierba que le servía de banco.

-----*mopamopa*-----

—Pa', ¿qué le pasa?, ¿le puedo ayudar en algo?

—No, tranquila, Anita; solo que me habría sido muy útil la ayuda de Fabián; ya ves que las manos en la tierra nunca sobran, pero, bueno, ahora tendremos que cada uno trabajar un poco más.

—Sí, papá, es verdad eso de que en la tierra las manos nunca sobran; como, por ejemplo, las mías.

—¡Ja!, Anita, sabes que no es posible, tú no tienes la fuerza suficiente como para hacerlo; esto de manejar el azadón, también, es un arte; un arte para machos.

—Seguramente, porque nadie le ha confiado ese arte a una niña, ¿no cree?; puede intentar conmigo y ver cómo le va. —Papá Ángel me detalló de arriba abajo; al parecer, no confiaba en mí en absoluto; por eso, su mirada se detuvo fijamente en el músculo de mis brazos; pese a ello, me entregó el azadón, creyendo que, así, lo dejaría de molestar, pero no fue así, pues no podía desaprovechar la oportunidad; tomé el azadón por el mango y, tal cual como lo había observado a papá Ángel trabajar la tierra, hice mi mejor esfuerzo para imitarlo; de inmediato, papá se acercó de manera jocosa y me explicó con detalle el arte que él alguna vez había denominado “arte para machos”.

Desde ese momento, papá y yo nos volvimos compañeros en el trabajo de la tierra, yo me aferré al azadón, me aferré a él, hasta llegar a desafiar la fuerza de Fabián.

VII

Con el tiempo, las largas pláticas con la señorita Andrea se convirtieron en costumbre; la confianza había traspasado cualquier temor a juzgamiento; nos dimos cuenta que las historias eran más divertidas cuando se contaban sin tapujos, sin disculpas y sin adornos.

Entre tantas charlas, recuerdo haberla escuchado quejarse del ambiente universitario. A pesar de que se creería que ese es el lugar más “sano” para ser quien se desea ser, la verdad es que no era tan fácil o, bueno, así me lo hizo saber un día la señorita:

—Anita, este mundo está realmente mal; hoy, uno de mis compañeros, de esos que yo pensaría que persigue mis causas y mis luchas, calló mi voz pordebajando mi discurso, señalando que lo que he construido como ideales son utopías feministas, sin camino alguno, como si exigir que mi voz y la de él sean iguales fuera cosa imposible; sin embargo, lo que realmente me molestó es que el resto de los presentes lo considera como verdad.

—Sí, —le dije—, el mundo está realmente mal; tratan de imponernos cómo deberíamos vivir y qué debíamos hacer; nos limitan a seguir un molde que se ajuste a “nuestro sexo”, pero, ¿sabe?, yo no lo creo así; más bien creería que, si existe una oportunidad, hay que aprovecharla. Así como yo entendí que surcar la tierra, sembrarla y cultivarla no es cosa de “machos”, ¡más bien es de quien se arriesga a tomar el azadón por el mango y ve en él su propia libertad!